



QUE TODO SE DETENGA

¿La primera novela del poskirchnerismo?

Página 3



CONTRATAPA

Borges, Briante y esa tentación

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 182 | JUEVES 28 DE MAYO DE 2015

El poeta ilustrado



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Silvio Rodríguez presentó el libro *Por todo espacio, por este tiempo* en el Centro Cultural Kirchner, acompañado por la ministra de Cultura, Teresa Parodi y el calor de casi dos mil personas, en lo que fue la primera participación de un emblema latinoamericano en el ex Palacio de Correos. La famosa Ballena Azul, la sala sinfónica que el pasado 24 de mayo fue escenario de la interpretación del Himno

Nacional Argentino por Elena Roger, extendió sus brazos al continente con la presentación de la obra de Silvio Rodríguez. El músico cubano expresó que "la cultura ayuda a levantar el espíritu de la gente". Participaron, además, los periodistas Eduardo Aliverti y Mónica Rivero, coautora del libro, que recopila crónicas de los dos primeros años de la gira del trovador por barrios cubanos.



El poeta ilustrado

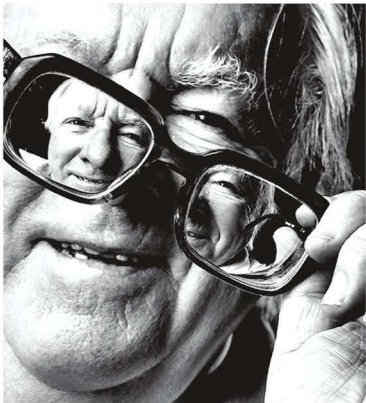


→ GUILLERMO SACCOMANNO

Fallecido hace tres años, Ray Bradbury no destiló lirismo sólo en sus relatos de ciencia ficción, fantásticos y no tanto. Tuvo una percepción y un don también para el oficio de poeta. Vale revisar este tramo de su obra.

Si en un sentido nietzscheano lo simbólico de un hombre está representado en sus actos, en este aspecto Ray Bradbury coincide en uno de sus poemas: "Hacer es ser". Hace ya algunos años, en su *Zen en el arte de escribir*, Bradbury contaba la relación de un pianista con su música para ejemplificar su actitud frente a la literatura. El pianista sostenía que si pasaba un día sin tocar, lo notaba él. Si pasaba dos sin tocar, lo notaba la crítica. Si pasaba tres, entonces ahí lo notaba el público. A partir de este ejemplo, dos cuestiones claves en Bradbury: el escritor encuentra su razón de ser en el trabajo diario y, a su vez, su arte tiene un correlato dialéctico en el receptor, quien cierra y completa la emisión.

La fecunda y casi siempre eficaz narrativa fantástica de Bradbury, a sus ochenta años, es a esta altura de su carrera la obra de un clásico del siglo XX, ese que ya quedó atrás. Desde ese siglo, leído hoy, Bradbury considera el futuro como un horizonte sombrío. Bradbury cultiva una prosa brillante, generosa en imágenes, casi como una ficción ilustrada (conviene tener en cuenta que Bradbury se inició publicando en revistas de ciencia-ficción, de terror y de comics), todo un estilo que, en sus años, puede darlo de inspiración y en otras del amaneramiento efesta del género. Pero, por debajo de este vitalismo narrativo circular, mordaz, descantada, una visión crítica del capitalismo, el progreso enjuiciado y sus ¿adelantos?



RAY BRADBURY. SUS TEXTOS EN VERSO LIBRE SON ESQUIZAS DE MATERIALES QUE QUIZA PUEDERON ARMAR UN RELATO.

La literatura de Bradbury aspira a una inocencia a lo Thoreau, pero nunca es ingenua. Si se revisan sus cuentos (publicados entre fines de los 40 y ya avanzados los 60, recopilados en *Los duradas manacanos del ml*, *Las maquinarias de la algaría* y *El hombre ilustrado*), se advertirá con alguna sorpresa que Bradbury, junto con Philip Dick, comparte en la literatura fantástica esa actitud que más tarde va a desplegar el realismo de Raymond Carver. Es lícito recor-

dar que Carver, en sus comienzos, se esperaba en publicar en revistas populares. Por eso, los cuentos de Carver están protagonizados por los lectores pehulables de Bradbury. Para ellos, desocupados, marginales, el mañana, si cuenta, es tan amenazador como en los cuentos de Bradbury. Carver, como la prosa de la ideología del recelo, paranoica, imbuida por una nostalgia de lo primitivo, casi libertaria, en la poesía de Bradbury? Sus remanentes pueden ser tanto Poe como Yeats. Y en su enjundia se reconoce otra influencia: Whitman. Más que

poemas, sus textos en verso libre, constituyen esquizas de materiales que quizá pudieron armar un relato. Aunque algunas locuciones y giros se vuelven muletillas (por ejemplo "el patio trasero de la mente", "la deshilachada manga del carrito"), aunque se tropiece con un poco de afectación y un tonillo, el poeta resulta, en su quietud, en el serón, el conjunto es un hallazgo asombroso que revela un cañón oculto de su producción.

En otro nivel, la atmósfera es

netamente impresionista (los poemas dedicados a Renoir y Monet, especialmente a Monet) subrayan la intención visual que respira en sus relatos y ahora, en verso, cobra fuerza. "Darwin, volviendo a casa al alba", "Habla el joven Galileo" son ejemplos de cuestionamiento de las certezas positivistas, "Abandonar en su sitio" (tres elegías escritas después de visitar las plataformas de lanzamientos de cohetes abandonadas en Cabo Cañaveral) o bien "Los mecánicos de bicicletas" devienen contemplaciones melancólicas, testimonios del devastador paso del tiempo. Porque la melancolía es un componente fuerte de la poesía de Bradbury: "Soy el residuo de la vida de todas mis hijas", "Telefonar a amigos en sitios lejanos", "¿Por qué nadie me dijo que podía llorar en la ducha?" y "La muerte como tema de conversación" son pruebas de esta melancolía que, aún cuando pueda incurrir en cierta solemnidad al nombrar los absolutos, logra sus mejores momentos al explorar la intimidad, los detalles domésticos.

Quienes se armen a esta poesía esperando las desmesuras de Ezra Pound, los aullidos de Allen Ginsberg o los experimentos de John Ashbery, con seguridad no encontrarán nada de eso. En cambio, si podrán disfrutar la labor de un artesano que día tras día, a un costado de sus cuentos, fue anotando con humildad algunas intuiciones. "No venga de Bizancio / sino de otro tiempo y lugar / de raza sencilla, probada y auténtica / asomé a la vida en Illinois, / donde un sifio sin amor ni gracia / era Waukegan. De allí vine / yo, Buenos amigos, de Bizancio", escribió Bradbury, el autor que anticipó la realidad virtual y sin embargo insistió en el lenguaje físico de escribir manual y se mantuvo apartado de Internet.

Antología poética
Ray Bradbury
Ediciones Desde la Gesta, 2015, 118 páginas.

La reedición de los cuentos completos de Haroldo Conti, más sus novelas *En vida* y *Alrededor de la jaula* (Emecé) ponen en perspectiva la obra de este escritor bonaerense que fue secuestrado y desapareció el 4 de mayo de 1976 durante la dictadura militar. "El hombre que dio la vida por la revolución social amaba sobre todo a los personajes solitarios, a los pescadores errismismados, a los sin rumbo,

a los descastados", escribe Guillermo Martínez en la contrapunta de los cuentos. Martínez lo califica como un escritor "complejo y formidable, del múltiples caras y numerosas lecturas, irreductible a etiquetas rápidas. La reunión definitiva de todos sus cuentos permite amosarse otra vez al escritor en sí, en el arco completo y cambiante de su vida, y en todo el espectro de sus registros literarios".



Que todo se detenga, de Gonzalo Unamuno

¿La primera novela del poskirchnerismo?



→ JAVIER CHABRANDO

Así como el *Titanic* un día se fabricó y un día se hundió, y tanto la modernidad megalómana como el optimismo del capitalismo que representaba se hundió con él, la vida de Germán Baraja ("Me presento. Germán, único nombre. Baraja, único apellido"), personaje central de *Que todo se detenga*, la novela de Gonzalo Unamuno se puede también definir en dos momentos, el que va desde que la abuela le decía "sos la esperanza de la familia", hasta el que en su divagar constante ("Pienso, pienso mucho"), reconoce que "como todo producto de occidentales me siento una víctima, un desperdicio".

¿Qué sucedió en el medio, durante esas décadas? Una vida. Una superposición de decepciones, que van de la familia a las mujeres, de la cocaína (ya no es de la misma calidad que antes) a la política. Mientras tanto, una época termina: su madre está muriendo. De ella le queda un recuerdo: "Filosofía para principiantes, único regalo que me hizo o el único que valoro".

La novela cubre tres días de la vida de Germán, organizados hacia atrás, de domingo a viernes. Así, desde el mismo principio sabemos que difícilmente habrá una revelación que nos ponga en la pista de un milagro, de una sorpresa, incluso de futuro. La trama (que no es tal) es lo que nos transmite la interioridad de Germán, un hombre desilusionado por casi todo, que se gana la vida escribiendo textos para una revista subvencionada por una embajada, y que está pronto de ser padre, probablemente en una circunstancia patrimonial, paternidad que Germán no acepta como verdadera, o no quiere creer verdadera.

Quizá la ferocidad con la que Germán enfrenta la realidad es la sensación de que se acerca una época nueva, porque la familia de



UNAMUNO. LA NOVELA ABARCA TRES DÍAS DE LA VIDA DE GERMAN, EL PROTAGONISTA, VISTOS HACIA ATRÁS.

la que remiega, pero en la que se refugió (y lo hizo) cuando no tenía ni dónde ni cómo vivir de manera independiente, se está extinguiendo. En breve el centro de la familia será él. La carta que le escribe a la madre a manera de despedida, que quizá ella nunca llegue a conocer, nos permite entender la relación que hubo entre ambos.

El ritmo de esos tres días está marcado por la paranoia, por la cocaína, por su ausencia, por la necesidad de comprarla y la dificultad pagarla. Y como suele pasar, la derrota acarrea a otros derrotados. Ya lo dijo Unamuno en un reportaje: "El personaje es un militante que está en contra de todo (...) se pone el foco en la cuestión política, quizás un poco sugestionado por mi apellido o porque él lo utilizaba, pero siempre en la línea contra de la madre, de la ex novia, de sus amigos, de la política. Además que tiene una imposibilidad para interactuar, es un derrotado.

La época de los derrotados, fracasados o venidos a menos me fascina". De ahí la escena del vecino que golpea la puerta para ofrecerle los restos de un asado para el fin intentar intercambiar sexo por cocaína, o dinero.

Luego está la militancia. La novela fue promocionada como una novela del poskirchnerismo porque el personaje, generacionalmente, pertenece a ese grupo al que le mostraron la política como un camino y que luego asistió a su farandulización. Su editor, Gonzalo Garcés, menciona en la contrapunta que esta sería "la primera novela del poskirchnerismo", algo que cuesta encontrar en la lectura. En todo caso, la decepción por la vida que siente Germán, incluye la decepción por la política, que incluye el pesimismo por haber elegido el kirchnerismo. Aunque está sea sólo una idea para justificar la mirada de Garcés.

Por momentos es la novela de un hombre enojado. Por momentos la de un único que dejó de creer y se burla de los que aún cre-

en. Mientras tanto, a su alrededor, el mundo sigue adelante: amigos de la militancia que se volvieron una pareja estable (ella, una ex novia de él), una hermana que intenta encucarlo, una editora que le tiene paciencia y cree en su inteligencia. Y en medio, el gran gesto burgués, porque Germán acaba de comprarse un departamento, que por lo que describe (oscuro, sin gracia) no servirá para sacarlo de sus meditaciones tremebundas. Pero la vida también se manifiesta en eso: los restos de una herencia que sirven para asegurarse un techo, como suelen hacer los burgueses pero también el nihilista Germán Baraja.

Germán dice que la vida lo atraviesa de tal forma, sin luchar contra ella (quizá consideró lucha el pasado, su militancia), que es imposible recordarlo. *Que todo se detenga* de Camus, que también comienza con la muerte de la madre, horas más, horas menos. Meursault, como Baraja, mira la vida con in-

diferencia, y si bien Baraja nombrata a nadie, no llega a rebelarse hasta ese punto, ni siquiera llega a traicionarse como un personaje de Arlt, no deja de pagar un poco por esa inercia, por esa indiferencia, por darle la espalda a la vida: "No maté a nadie a costa de morir un poco yo", dice.

Aquel Meursault, que sí mata y luego ni siquiera se defiende, ha devenido en este hombre, que se dejaría dominar por la cocaína si pudiera, dejaría en sus manos (es un decir) su misma vida. Lo que en la novela de Camus parece fundacional (mientras los hombres luchan en la guerra por la supervivencia de los valores de occidente, él deja de luchar por él y por el futuro), acá se ve exagerado, casi ilógico, pero ha pasado el tiempo, y el personaje de Unamuno carga con décadas de decepción, las propias, las de sus amigos, y al fin la derrota de toda una cultura. Esto se manifiesta fundamentalmente en el largo y notable monólogo o soliloquio final de la novela, donde no se salvan ni los símbolos, ni los mitos, de una cultura que Baraja entiende tan derrotada como él.

Pero su soledad, el alejamiento de su familia, la muerte de la madre, escapar de los intentos de su hermana de protegerlo o cuidarlo, el hijo que no desea, es su última derrota. Su última derrota es intentar mostrarlas a todos que la vida es una mierda, y fracasar. Porque el mundo sigue adelante. Con sus buenas y sus malas, pero sigue. Y las posibilidades de subirse a este barco, que quizá naufrague como el *Titanic*, pero quizá no, están a punto de expirar. Germán tiene que elegir. Pero esa es otra historia.

Gonzalo Unamuno nació en Buenos Aires en 1985 y pertenece a una familia de larga tradición literaria. Gerónimo es el primer editado de Camus por el sello de la editorial de los libros *De otra luz* (2007). *El sermón de la gente viva* (2009) y *Distancia que nadie ocupará* (2011). Integra el programa de radio sobre literatura "Guardia con la joven", y tiene inédito el ensayo *Personajes y literatura*.

Tan extraña como interesante resulta la *Antología del cuento policial argentino* (Colección Huellas, editorial Desde la Gente) con escritores ajenos al género, a cargo del narrador Vicente Battista, quien rescata autores "laterales" como José Hernández y Paul Groussac, cuyos textos son coetáneos de *Los criminales de la calle Maguey* (1842), de Edgar Allan Poe, libro que los críticos señalan

como fundador del género. La compilación se completa con relatos de Eduardo Holmberg, Horacio Quiroga, Eustaquio Pellicer, Roberto Arlt y Vicente Rossi. Battista, autor de una profusa obra narrativa, señala a *Telam* que sus novelas *Siroco*, *Sucesos argentinos*, *Cuaderno del Ausente* y *Ojos que no ven*, y sus cuentos reunidos en *La huella del crimen*, se ubican dentro del género.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 28 DE MAYO DE 2013

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ Luis Soto

Borges, Briante y esa tentación

Al llegar a la librería literalmente se nos cayeron las mandíbulas. En la vitrina estaba Borges firmando su nuevo libro para el público ordenado en fila. "Acompañame, tengo que hablarle", me dijo Miguel preso de una compulsión. Sin respetar la atildada fila estuve en un santiamén al lado del maestro y Briante dice: "Borges, soy Miguel Briante. Déjeme contarle que soy escritor y hace años me fui a Francia más que nada para ver si podía crear algo lejos de su influencia. Prácticamente huyendo de usted. Y ahora que vengo, recién llegando, es usted mismo la primera persona que encuentro". Borges se acariacía una ceja y repuso: "no es extraño, en Buenos Aires somos sólo tres o cuatro".

Este es el final de una columna de *Página/12*, firmada por Antonio Skármeta con el título de "Recordando a Briante, a 20 años de su muerte". Cuenta Skármeta que de regreso de Francia, viaje imprevistamente compartido con Miguel, éste lo llevó a la citada librería y se produjo el encuentro. El texto de la columna alienta lecturas surtidas. Como de las tentaciones que acechan a escritores y periodistas es armar la narración de un episodio y aparecer como testigo presencial. Se trata, claro, de narrar desde adentro de la escena, en la que puede intervenir alguien famoso. No es fácil renunciar a esa posición de privilegio que tiende a valorizar el texto. Si el protagonista, ignoto o famoso, ha muerto, también es tentador alterar una frase o un diálogo. Nada de fondo. ¿O sí? De todas formas no habrá que desmentar al narrador.

Con frecuencia ocurre que se sospecha que un periodista utiliza palabras y conceptos que se atribuyen al protagonista del episodio o de una entrevista son poco creíbles. En una ocasión, década del 80, le hicimos un reportaje a

Astor Piazzolla, que entonces vivía en Roma. El autor de "Largo del ángel" que en sus declaraciones no solía tocar temas políticos, dudaba en decidir su regreso a Buenos Aires por la inseguridad que decía palpar en la calle. "Aquí hacen falta unos cuantos Rambo", disparó Astor. Alarmados por la catadura del personaje que a su juicio contribuiría a proteger nuestra calidad de vida, preguntamos si proponía importar un Rambo estilo yanqui, o acaso la ciudad ya contaba con un aspirante a encarnar al original marca Stallone. "Está aquí, todos lo conocen, una pausa y remate... Es Kelly, Guillermo Patricio Kelly". Por admiración al músico excepcional hubiéramos preferido omitir la añoranza y el nombre del candidato elegido como justiciero ejemplar. Se publicó la nota, sin que hubiera rectificación de Astor. Si recibimos reclamos que coinciden en una afirmación: Piazzolla no es fascista, nunca diría esa barbaridad. "¿A vos te lo dije?", quiso saber Arturo Penón, bandoneonista de la orquesta Osvaldo Pugliese. "Sí".

Confesamos haber cedido a esa tentación al escribir, entre otros, sobre tipos tan disímiles como Boris Vian y Leónidas Lamborghini. A Vian apenas lo vimos una noche que tocó la trompeta—realmente sin mérito—en un bolche de la rue Benoit de Paris, pero habíamos leído novelas y poemas. En una audición radial caímos con bastante dignidad en la glosa de un diálogo con Boris sobre el canto al soldado que proclama ante el presidente de la nación su negativa a empujar un arma para combatir "por la patria". Con Lamborghini, en cambio, vivimos en una misma casa, en Belgrano. En el momento de mis años 1976 previos a su exilio en Méjico, y ya de nuevo aquí compartimos momentos de su amistad con Briante (reaparece Miguel, y volverá). En un relato rescatamos su

asistencia, en la iglesia de San Patricio, a la misa dedicada a honrar la memoria de los sacerdotes patológicos asesinados por la Triple A. En esos días, para escándalo del vecindario—él, que andaba con las patas todavía mojadas en la fuente, fue acusado de provocador—, Lamborghini desafiantemente con una camiseta musculosa por el exclusivo barrio porteño. Y sí, habernos tirado alguna frase convencidos de que no se hubiera sentido incómoda por haber saltado al mundo debajo del poblado bigotón de Lamborghini.

Sin atenuar el respeto postal y literario que se ha granjeado Skármeta, nos osó desafinado el diálogo en la librería. Sentimos que era el decir de otros hombres, que Borges no hablaba como Borges, que Briante no decía cosas de Briante. El mismo Skármeta sugiere arrimarse al ruedo sin pruritos cuando dice: "que estos cariñosos recuerdos ayuden a matizar o a completar la imagen de Briante de otros que sin duda lo conocerían mejor que yo". Recordemos el guante. Como el 19 de mayo Miguel cumpliría 71 años, decidimos regalarle una insolencia, no usada, a estrenar, esta insolencia, que Borges no hablaba como Borges.

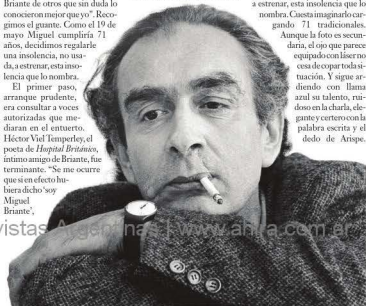
El primer paso, arraque prudente, era consultar a voces autorizadas que mandaban en el entuerto. Héctor Viel Temperley, el poeta de *Hospital Británico*, íntimo amigo de Briante, fue terminante. "Se me ocurre que si en efecto hubiera dicho 'soy Miguel Briante',

ahí se habría plantado, para un tipo como el esa presentación era suficiente. A esperar lo que dijera el otro y como era su estilo, pelear de contragolpe. Miguel nunca hubió de Borges. Temprano se largó a reelaborar la escritura borgeana y se sacó de encima la herencia". El siguiente llamado fue dirigido, naturalmente, a Boy Casares, pero una criada informó que había ido a jugar al tenis. En su reemplazo recurrimos al testimonio de Manuel Peyrou, narrador más próximo a Borges y Bioy, a los que invitaba una vez por semana a cenar en el comedor del *diario La Prensa*. "Borges no usaba, ni sentía el 'somos'. Siempre evitaba referirse a su obra y si lo hacía, le bastaba un soplo de humor para desacralizar valores y elogios. Se hubiera burlado de que el poder de 'su influencia' llevara a un escritor a irse a París. Y eso de: 'en Buenos Aires somos sólo tres o cuatro', me resulta inconcebible. Confieso que he lle-

gado a plantearme si muy entre las sibilanas de una cama de una plaza, Borges no pensaría, por qué no, y con razón: sólo soy yo. Pero su sentido del pudor y su timidez jamás le habrían permitido decirlo", sostuvo Peyrou.

Briante impulsó en *Confirmado*—fútiles compañeros de redacción en esa revista y en *Tiempo Argentino* (1982-1986)—los reportajes insolentes. Sin perder en el camino ni una migaja de su enorme talento, nunca dejó de cultivar el espíritu de esos reportajes. Última el absurdo final cayendo de una escalera en su casa. Hay una fantasía que no nos abandona. Quizás el accidente se haya debido a su obstinación por ser el quien tripular el último modelo de hamaca voladora, precisamente en la prueba decisiva, cabo General Belgrano en lugar de cabo Kennedy, para que se aprobara la libre circulación de su nave espacial. El 19 de mayo Miguel cumpliría 71 años, decidimos estrenar una insolencia, no usada, a estrenar, esta insolencia, que lo nombra. Custaa imaginarlo cargando 71 tradicionales.

Aunque la foto es secundaria, el ojo que parece equipado con láser no cesa de copar toda la situación. Y sigue ardiendo con llama azul su talento, ruidoso en la charla, elegante cierto con la palabra escrita y el dedo de Arispe.



MIGUEL BRIANTE.